CAPITULO 120.

Lo que Cortès escribiò á Narvàez.

Mas de lo que nadie puede discurrir, dió que pensar esta nueva y grande armada à Cortès antes que supiese cuya era. Por una parte se alegraba de que viniesen españoles: por otra parte le pesaba de tantos; si venian à ayudarle tenia por ganada la tierra, si contra él por perdida: si venian de España creía que le traerian buen despacho: si de Cuba, temia guerra civil con ellos. Parecíale que de España no podia venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas y que debia venir allì Diego Velazquez, y despues de sabido tuvo otro tanto que pensar porque le cortaban el hilo de su prosperidad, y le atajaban los pasos que traia en calar los secretos de la tierra, las minas, las riquezas y las fuerzas, los que eran amigos de Moteuhsoma ó enemigos: estorvàbanle de poblar los lugares que comenzado tenia, de ganar amigos, de cristianizar los indios que era y debia ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del rey, y à provecho de la nacion española; temia que por desviar un inconveniente se le podian seguir muchos, y si dejaba llegar á Mèxico á Pánfilo de Narvàez, capitan que venia de aquella flota por Diego Velazquez de Leon, estaba cierta su perdicion: si salia contra él la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteuhsoma, ponia en contingencia su vida, su honra y sus trabajos. Por no venir á estos extremos arrimóse á los medios: lo primero que hizo fuè despachar dos hombres, uno á Juan Velazquez de Leon que iba á poblar á Goazacoalco, que eran unas minas, para que luego vista su carta se tornase à México, y dióle noticia de la venida de Narváez, y de la necesidad que habia de él, y de los ciento y cincuenta españoles que consigo llevaba: el otro à la Veracruz á traerle razon enteramente cierta de la llegada de Pánfilo, qué buscaba y qué decia. El Juan Velazquez hizo lo que Cortés le escribió y no lo que Narvàez, que como á cuñado suyo y deudo de Diego Velazquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortès lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á México veinte españoles con aviso de lo que Narváez publicaba, y llevaron presos á un clèrigo, á Alonso de Guevara, y á Juan Ruiz de Vergara, que habian ido á la villa por amotinar la gente de Cortés sócolor que iban á requerirla con cèdulas del rey; lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, del órden de la Merced con otros dos españoles, à ofrecer su amistad á Narváez, y no la queria á requerirle de parte del rey y en nombre suyo como justicia mayor de aquella tierra, y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz que estaban en

Mèxico, que entrase callando si traía provisiones del rey ò su consejo, y sin hacer daño en la tierra, no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allì tenian los españoles, ni el servicio del emperador, ni la conversion de los indios; y si no las traia y mostraba, que se volviese y dejase en paz la tierra y la gente. Poco aprovechò este requerimiento, ni las cartas de Cortés y cabildo; soltó al clèrigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile à Narváez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenia como se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno por el conocimiento viejo que entre ellos habia, y que se viesen solos si gustaba para dar òrden como no hubiese guerra, muertes, ni enojo entre españoles y hermanos; porque si traía provisiones del rey y se las manifestaba à él ò al ayuntamiento de la Veracruz, que se obedecerian como era justo; y si no que tomarian otro buen asiento. Narváez como venia tan pujante, nada ò muy poco cuidaba de aquellas cartas ni ofertas, ni requerimentos de Cortés, y tambien porque Diego Velazquez que le enviaba estaba mal enojado è indignado contra Cortès.

CAPITULO 121.

Lo que Pánfilo de Narváez dijo á los indios y respondió al capitan Cortés.

Pánfilo de Narváez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitan y señor, que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Mèxico que eran sus mozos, y que él venia á cortarle la cabeza, à castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre; ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de medrosos ó ligeros. Con esto le servian y acompañaban, y dejaban à los de la Veracruz. Tambien se congració con Moteuhsoma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey: que era hombre bandolero y codicioso: que le robaba su tierra y le queria matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y restituirle cuanto aquellos malos le habian tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prenderia y mataria, ó echaria en prision; por eso que estuviese alegre pues presto se verian, y no habia de hacer mas de restituirle en su reino y tornarse à su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decia públicamente de Cortés y los españoles de su compañia, que parecian muy mal aun á los de su ejèrcito, y muchos no las pudieron sufrir sin afeàrselas, especialmente *Bernardino de santa Clara*, honrado caballero, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le

dió una buena reprehension, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllón, y le mandó bajo grandes penas de muerte y perdicion de bienes, que no dijese aquello ni fuese à México, que seria grandísimo escándalo para los indios y desasosiego de los españoles, deservicio del emperador y estorbo de la propagacion del evangelio. Enojado de ello Panfilo prendió al licenciado Ayllón oidor del rey, á un secretario de la audiencia, y à un alguacil, metiólos en otra náo y enviólos à Diego Velazquez; mas él se supo dar tan buena maña, que ó sobornando los marineros ò atemorizàndolos con la justicia del rey, se volvió libremente á su chancilleria, donde contó cuanto le sucedió con Narváez à sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velazquez y mejoró los de Cortés. Asì como prendió Narvàez al licenciado, luego pregonó guerra (como dicen) *á sangre y fuego* contra Cortès. Prometiò ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase à Cortès, á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, y otras principales personas de su compañia, y repartiò los dineros y ropas á los suyos haciendo mercedes de lo ageno: cosas fueron estas harto livianas, y fanfarronas. Muchos españoles de Narváez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllòn, ó por la fama de la riqueza, y franqueza de Cortès, y así Pedro de Villalobos y un portugués Villalobos, y otros seis ó siete se pasaron á la parcialidad de Cortés, y otros le escribieron (á lo que algunos dicen) ofreciéndosele si venia para ellos, y que Cortés leyó las cartas, callando las firmas y nombres de cuyas eran á los suyos, en las cuales les llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y de quitarles la hacienda y tierra: otros cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornò con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro, que envió de secreto al real de de Pánfilo de Narváez con un criado suyo, y que publicaba tener en Zempòalan doscientos españoles; todo pudo ser, que el uno era tibio y negligente, y el otro era cuidadoso y ardia en los negocios. Narváez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo sustancial de la carta era, que fuese luego vista la presente à donde él estaba, que traia y le queria mostrar unas provisiones del emperador para tomar posesion, y tener aquella tierra por Diego Velazquez, y que ya tenia hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores: tras de esta carta envió á Bernardino de Quezada y Alonso de Mata, à requerirle que saliese de la tierra sò pena de muerte y notificarle las provsiiones, mas no se las notificaron porque no las llevaban, que fuera poco sábio si de nadie las confiara, ó porque no le dieron lugar; antes Cortès hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del rey, no lo siendo ò no mostrando el titulo, para que despues lo castigara la justicia.

CAPITULO 122.

Lo que dijo Cortès á los suyos.

Viendo pues Cortés que hacian poco fruto las cartas y mensageros, aunque cada dia iban y venian de Narvàez á él, y de él á Narvaez, y que nunca se habian visto ni mostrado las provisiones del rey, acordó verse con èl, *que barba á barba* (como dicen) *vergüenza se cata*, y por llevar el negocio por bien y buenos medios si posible fuese, y para esto despachó á Rodrigo Alvarez el chico veedor, à Juan Velazquez y Juan del Rio que tratasen con Narváez muchas cosas, pero tres fueron las principales; que se viesen solos ó tantos à tantos: que Narvàez dejase á Cortés en México, y él se fuese con los que traia á Panuco que estaba de paz, con personas de aquellas muy principales que tenia ó á otros reinos, y que Cortés pagaria los gastos y socorreria los españoles que traia, ó que se estubiese Narváez en México y diese à Cortès cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos, él se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que traía del rey y las obedeceria. Narváez no vino á ningun capítulo ni partido, solamente al concierto de que se viesen cada uno con diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres, mas no se efectuò porque Rodrigo Alvarez chico, avisò à Cortés de la trama que Narváez urdia para prenderle ó matarle en las vistas. Como entendia en el negocio entendió tambien la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no queria mal á Cortès; desechos los conciertos determinó Cortés ir contra èl. Antes de partir habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuanto él por ellos y ellos por él habian hecho desde que comenzò aquella jornada hasta entonces: dijo como Diego Velazquez en lugar de darles las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pànfilo de Narvàez, que era hombre recio, mal acondicionado y cabezudo, por lo que habian hecho en servicio de Dios y del emperador, y porque acudieron al rey como buenos vasallos, y no á él no siendo obligados, y que Narváez les tenia ya confiscados sus bienes y hechas mercedes de ellos à otros, y los cuerpos condenados á la horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todo hacia; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos siendo tales y tan buenos querian disimular y dejar sin el castigo que merecia; y aunque la venganza él y ellos la debian dejar à Dios, que da el pago á los soberbios y envidiosos, que le parecia à lo menos no dejar gozar de sus trabajos y sudores à otros que con sus manos lavadas venian á beber la sangre del prójimo, y que descocadamente iban contra los españoles, levantando losin-

dios que los servian como amigos, y urdiendo guerras peores que las civiles de Mario y Sila, ni que las de Cesar y Pompeyo que destruyeron el imperio romano, y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar à México; pues era mejor *Dios os salve, que no* (150) *¿quién está allá?* Que si eran muchos, valia mas á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga, y que buen corazon quebranta mala ventura, como el suyo de ellos que estaba pasado por el crisol, despues que con él seguian las armas y guerra. Asimismo que de los de Narváez habia muchos que se pasarian á èl; por eso que les daba cuenta de lo que pasaba y hacia, para que los que quisiesen ir con él se apercibiesen, y los que no que quedasen mucho en buena hora á guardar à México y á Moteuhsoma que tanto montaba; hízoles tambien muchos ofrecimientos si tornaban con victoria. Los españoles dijeron que como él ordenase asì lo harian. Mucho los indignò con esta plática, y á la verdad temian la soberbia y ceguedad de Pànfilo de Narváez, y por otra parte á los indios que ya tomaban armas con ver disencion entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros. De todas estas cosas estaba afligido Cortés, aunque mostraba mas ànimo que un César.

CAPITULO 123.

Ruegos de Cortés á Moteuhsoma.

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo deseaba, habló à Moteuhsoma por ir con menos cuidado y por saber lo que habia en èl, y díjole semejantes razones á estas.

Señor: „conocido teneis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y à mis compañeros hareis cuando nos vàyamos muy crecidas mercedes: pues ahora os suplico me las hagais en estaros siempre aquí, y mireis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo con el oro y joyas que les queda y que vos nos disteis, que yo me parto á decir à aquellos que poco ha llegaron en la flota, como V. A. manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo à vuestros sùbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que estèn en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar é irnos como es vuestra voluntad y merced; y si entre tanto que voy y vengo alguno de los

[150] *En muchos pasages de esta historia hace Cortés el papel de un D. Quijote; pero en este representa à maravilla el de Sancho con sus refranes. Estos son verdaderos razonamientos de un capitan español que habla á soldados, gente ruin y estúpida, no los de Solíz.*

vuestros de mal criado, necio ó atrevido, quisiese enojar à los mios que en vuestra guarda quedan, mandareisles que estén quedos sin alborotarse, que lo propio mando que ningun español sea atrevido á tener enemistad con los vuestros, porque los castigaré."

Moteuhsoma prometió de hacerlo así, y le dijo que si aquellos eran malos y no hacian lo que les mandara, que se lo avisase, y èl le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si queria le daria guias que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaria que le sirviesen por el camino, y mantuviesen. Cortés le besó la mano por ello: agradeciòselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática: mas no conoció de él lo que pretendia, ó porque aun no le habian dicho nada de parte de Narváez, ó porque disimuló gentilmente holgándose de que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allì tendria mas cierta su libertad, y se aplacarian sus dioses.

CAPITULO 124.

La prision de Pánfilo de Narváez.

Estaba tan bien quisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querian ir con él, y asì pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron doscientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Juan Velazquez de Leon. Dejó à los demas en nùmero de ochenta y tres en guarda de Moteuhsoma y de la ciudad: dióles por capitan á Pedro de Alvarado y á Juan de Cabra; dejóles la artilleria y las cuatro fustas que habia hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente à que Moteuhsoma no se ladéase á Narváez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles, y con ocho ò nueve caballos que tenia y muchos indios de servicio. Pasando por Cholóllan y Tlaxcàlan, fué bien recibido de aquella república y de los cuatro señores. Quince leguas ó poco menos antes de llegar à Zempóalan, donde Narvàez estaba, encontró à dos clérigos, y á Andres de Duero su conocido y amigo, á quien debia dineros que le prestó para acabar de fortalecer la flota, que venia á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pànfilo de Narvàez, y á entregarle la tierra y fuerzas de ella; donde no, que procederia contra él como contra enemigo y rebelde hasta ejecucion de muerte; y si lo hacia que le daria sus náos para irse, y le dejaria ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondiò Cortés que antes moriria que dejarle la tierra que habia ganado y pacificado por sus puños, é industria, sin mandamiento del emperador; y si á gran tuerto le queria ha-

cer guerra se sabria defender, y si vencia como esperaba en Dios y en su razon, que no habia menester sus naves; y si moria mucho menos: y así que le mostrase las provisiones y recaudo que del rey traía, porque hasta primero verlas y leerlas, no aceptaria partido ninguno; y pues no las habia mostrado ni mostraba, que era señal que no las traía ni tenia; que siendo asì, él le rogaba, requeria, y mandaba se tornase con Dios á Cuba; si no que le prenderia y enviaria con grillos à España al emperador, que lo castigase como merecian sus deservicios y alborotos; y así con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, à requerirle que se embarcase y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se levantarian, y se fuese antes que mas muertes ò males se recreciesen: donde no, que para el dia de pascua de Espíritu Santo, (que era de allí á tres dias) seria con èl. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y se mofó reciamente de Cortès que con tan poca gente venia haciendo fieros: hizo alarde de su gente delante de Juan Velazquez de Leon y Juan del Rio, y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de á caballo, y aun díjoles, ¿como os defendereis de nosotros si no haceis lo que queremos? Prometió dineros á quién le trajese preso ò muerto á Cortés, y lo mismo hizo Cortés contra Pànfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuceó con los caballos, y luego con la artilleria para atemorizar los indios: por cuyo temor el gobernador que allí cerca tenia Moteuhsoma, le diò un presente de mantas y joyas de oro en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho: Narváez enviò como dicen de nuevo otro mensagero á Moteuhsoma y à los caballeros de México, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decian que Cortés venia cerca, salia á correr el campo, y el dia de pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba; y como no lo halló, pensó que las lenguas que por espias traía le burlaban, y tornóse á su real ya de noche y durmióse; por si los enemigos viniesen puso por centinelas en el camino casi una legua de Zempóalan, à Gonzalo de Carrasco y á Alonso Hurtado. Cortés andubo el dia de pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos: poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval su alguacil mayor, para que prendiese á Narvàez si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañia, conque lo hiciese. Los corredores de Cortés que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narvàez; tomaron á Gonzalo de Carrasco que les dijo como tenia repartido Pánfilo de Narváez en el aposento, gente y artilleria. El Alonso Hurtado se les escapó y fué à mas correr, y entró por el patio del aposento de Narváez diciendo à voces, *arma arma* que viene Cortés! A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creian. Cortés dejó los caballos en el monte, y algunas picas que faltaban para que todos los suyos las llevasen buenas, y entró el delantero en la ciudad y en el real de los contrarios à media noche, que por descuidarlos y no ser visto aguardó aquella hora; mas por bien que caminó ya se habia sabido, por la centinela que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados y muchos enfrenados, y los hombres armados; entró tan sin ruido, que primero dijo *cierra y à ellos*, que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos lucernas *(cocullos)* (151) y pensaron que eran mechas de arcabus; si un tiro soltaran huyeran. Dijeron á Narvàez estándose poniendo una cota de malla, mirad señor que entra Cortés, respondió: *dejadle venir que viene á verme.* Tenia Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles y à la puerta trece tiros, ó segun otros dicen diez y siete, todos de fusileria. Hizo Cortés subir arriba à Gonzalo de Sandoval con cuarenta compañeros, y él se quedó á la puerta para defender la entrada con veinte, y los demas cercaron las torres, y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez como sintió el ruido junto á sì, quiso pelear por mas que le fué requerido y rogado, y al salir de su càmara le dieron un picazo los de Cortés que le sacaron un ojo; echàronle luego mano y arrastrando le llevaron las escaleras abajo, y cuando se vió delante de Cortés dijo: „señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa:" él le respondió: „lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido." Luego le hizo aprisionar y llevar à la villa Rica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate poco; que dentro de una hora ya estaba Pánfilo arrestado y los mas principales de su hueste, y quitadas las armas á los demas. Murieron diez y seis de los de Narváez, y de los de Cortès dos solamente, que mató un tiro. (152) No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artilleria con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro conque mataron aquellos dos. Teníanlos tapados con cera por la mucha agua: de aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortés tenia sobornado el artillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y ren-

[151] *Animalitos semejantes à la cucaracha que abundan en la costa de Veracruz, y dan una luz fosfòrica muy hermosa. Aparecen en marzo y desaparecen al comenzar las aguas, ocultándose en los troncos de los árboles de los manglares.*

[152] *Bernal Diaz del Castillo dice que de Cortés fueron cuatro los muertos, y de Narvàez cinco y muchos heridos.*

*

didos, ni á Narváez que tanto mal habia dicho de èl, estando muchos de los suyos con ganas de vengarse, y Pedro de Maluenda criado de Diego Velazquez que venia por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navios y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortès se lo impidiese. ¡Cuanta ventaja hacia un hombre á otro! Què hizo, dijo [y pensó cada capitan de estos dos: pocas veces ò nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nacion, especialmente estando los muchos en un lugar fuerte, descansados y bien armados; mas no es de maravillar esto, pues fué por la voluntad de Dios Poderoso que los gobierna y rige, que mas puede hacer.

EL EDITOR.

La historia de Narváez y su prision es uno de los pasages mas interesantes de las conquistas de Cortés, porque ciertamente que si se hubiera frustrado la sorpresa que éste le dió, todos los españoles habrian perecido y la conquista jamàs se hubiera hecho. Es mucho de estrañar por lo mismo que no se penetráran de esta verdad los que estaban á la cabeza del gobierno español, y que hubieran sostenido con tanto acaloramiento la faccion de Diego Velazquez contra Cortés. No puede negarse que èste caudillo en esta vez supo preeverlo todo y manejar con la mayor destreza los resortes de su astucia y política. Dueño del oro que habia recaudado de Mocteuhsoma, y del que habia recibido por sus obsequios particulares, supo hacer el mejor uso de este metál para seducir á los españoles de Narváez y atraerlos á su partido. El jamás dió cuartèl á las pretensiones de éste, ni propuso otras transaciones que las que eran conformes con el espìritu de fidelidad que debia á la nacion española, sin descuidarse de sus intereses y aprovechamientos particulares, ni de su honor como guerrero. Al mismo tiempo que mostraba esta energìa, trataba bien à los que se le presentaban à negociar de parte de Narváez, les persuadia con razones, y recababa su consentimiento y aprobacion con tejuelos y cadenas de oro que les regalaba, y por cuya medida (dice Bernàl Diaz) los que se le presentaban bravosos, se retiraban de su lado para el real de Narváez convertidos en corderos; asi es que dentro del círculo de los mayores amigos íntimos de èste, se hizo partidarios que trabajaban en su obsequio eficazmente. Lo que mas admira es que hubiése ganado de tal modo el corazon del capitan *Juan Velazquez de Leon*, pariente inmediato de Diego Velazquez, que fué el que mas lo sostuvo delante de Narvàez, y aun llegó á tirar de la espada en defensa de su fidelidad al rey de España. Es de admirar asimismo la prevision de Cortès en hacerse de vìveres para la espedicion sacàndolos de México y Tlaxcálam, en mandar disponer un armamento de 300 lanzas largas que mandó construir

para el asalto, aprovechàndose del buen cobre que trabajaban los indios totonacos: de la distribucion que diò á su pequeña fuerza para impedir que se socorrieran mútuamente los de Narváez en los aposentamientos que ocupaban en el templo mayor de Zempóalam, donde se habian hecho fuertes, y de cuya localidad tenia idea cabal Cortés porque lo habia visto; y sobre todo el brio con que acometió tan ardua empresa aprovechándose hasta de la lluvia que cayó casi en el momento mismo de comenzarla. Dió además un caràcter de legalidad á ella dando à Gonzalo de Sandovál un mandamiento de prision en forma forense, segun la ritualidad de los tribunales en que estaba muy versado, como escribano que habia sido en la villa de Azúa. Por entonces no abusó de su fortuna: trató á los vencidos con la mayor humanidad y dulzura como á unos compañeros engañados: estendió su liberalidad con todos para ganarlos, pues aun los que le quedaban todavia en el campo de descubierta bastaban para derrotarlo, y las providencias que dictó para asegurar este triunfo fueron las mas prudentes y adecuadas á las circunstancias críticas en que se hallaba, siendo cinco veces mayor el número de los vencidos que el de los vencedores. El que haya leido atentamente nuestra historia, solo podrà comparar esta sorpresa con la que el general americano Morelos dió al comandante D. Francisco París en su campamento de *Tenaltepeque* y punto de los *tres Palos* la noche del 5 de enero de 1811, por la que se hizo de 700 fusiles y cinco cañones, y dió el ser á aquel ilustre caudillo, objeto muy precioso de mi recuerdo. No desagradará á mis lectores saber que todavìa existen las ruinas del templo de Zempóalam, y parte de la escalera por donde subiò Cortès á la capilla donde dormia Narvàez cuando fué atacado y herido. Este memorable acontecimiento sucedió el 27 de mayo de 1520, domìnica de Pentecostès, y acabò de admirar à los españoles vencidos la circunstancia de haberse presentado á auxiliar á Hernan Cortés dos mil indios chinantecas que habia pedido de socorro y ya no se necesitaron, pues bastaron las 300 picas que el soldado *Tobilla* muy diestro en el mecanismo del ejército le habia mandado construidas en aquel pais, y los 60 soldados que se le reunieron al mando de Sandovál venidos del presidio de Veracruz en el pueblo de *Tupanacuetla*, distante 30 millas de Zempóalam segun Clavijero.

En el tiempo de la ausencia de Cortès de México (dice el mismo autor) ocurrió en esta ciudad la fiesta del incensamento de *Huitzilopochtli* que se hacia en el mes *Toxcatl*, el cual empezò aquel año à 13 de nuestro mayo: era de las mas solemnes que se hacian con bailes del rey, de la nobleza, sacerdotes y pueblo, y se celebrò en el patio del palacio de Mocteuhsoma. Atribuye el excéso que alli se cometiò á sugestion de los tlaxcaltecas enemigos irreconciliables de los mexicanos; mas aunque creo que tendrian su influjo en el animo de Alvarado, no dudó atri-

buirlo principalmente á la codicia de apoderarse de las ricas joyas de que iban adornados los bailarines. Este era un ladron descarado que habia robado ántes las bodegas de cacao, ropas y joyas de Mocteuhsoma en el cuartel, y muy capaz de toda maldad. Abriòse desde este memorable dia una escena de sangre y horror que llora la humanidad y debe datarse en las páginas de la historia que refiera las crueldades de los españoles en la llamada nueva España. No dudémos por tanto creer, que si no hay este rompimiento la conquista si no se hubiera consumado pacíficamente à lo menos, se habria economizado la sangre de millones de hombres, y en el dia tendriamos duplicada poblacion, pues se habria ahorrado el sitio de Mèxico comparable con el de Jerusalen, si no mayor à juicio de Torquemada, y la reedificacion de esta ciudad que les atrajo una peste que rebató millon y medio de indios. Es muy de notar que los tlaxcaltecas no quisieron franquear á Cortès cuatromil hombres que les pidió para la espedicion de Narvàez, ó porque no se atreviésen á entrar en nuevas batallas con los españoles, ó porque no quisiésen alejarse tanto de su pátria, ò porque viendo à Cortés con fuerzas tan inferiores à las de su enemigo temiésen ser vencidos en la campaña.

CAPITULO 125.

Mortandad por Viruelas.

Costó esta guerra mucho dinero á Diego Velazquez, la honra y un ojo á Pànfilo de Narvaez, (153) y muchas vidas de indios que murieron, no á fierro sino de dolencia, y fué que como la gente de Narváez salió á tierra, salió tambien un negro con viruelas, (154) el cual las pegó en la casa que lo tenian en Zempóalam, y luego un indio à otro, y como eran muchos, y dormian y comian juntos, cundieron generalmente tanto en breve, que por toda aquella tierra andubieron matando: en las mas casas morian todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos y acostumbraban bañarse à todos males, bañábanse con ellas, y se tullian, y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños frios sa-

[153] *Despues se presentó la muger de éste ante la audiencia de México contra Cortés demandàndole el ojo de su marido; solicitud que solo podia entenderse legalmente en los términos que los judios entendian la ley del Talion, es decir, no ojo por ojo, sino la cantidad en que se aprecia un ojo perdido.*

[154] *Llamábase Francisco Eguia. En el año de* 1812 *algunos soldados del batallon de Zamora trajeron la fiebre amarilla que aun se conserva en México modificada.... ¡regalos de los españoles, y motivos de gratitud á sus finezas!...*

liendo de calientes, de *Temascalli*, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese, y los que quedaban vivos quedaron de tal suerte feos por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo: sobrevínoles hambre, y no tanto de pan como de harina, porque como no tienen molinos ni atahonas, no hacen otras cosas las mugeres sino moler su grano de *centli* entre dos piedras y cocerlo. Cayeron pues malas de las viruelas y faltó el pan, y perecieron muchos de hambre. Hedian tanto los cuerpos muertos que nadie los queria enterrar, y con esto estaban llenas las calles, y porque no los echasen en ellas derrivaba la justicia las casas sobre los muertos: llamaron los indios á este mal *Huezahuatl*, que suena tanto como decir *la gran lepra*, de la cual como de cosa muy señalada contaban despues ellos sus años; me parece que pagaron aquí bien las bubas que pegaron à los españoles. (155)

CAPITULO 126.

Rebelion de Mèxico contra los españoles.

Conocia Cortés casi todos aquellos hombres que venian con Narváez: hablóles cortezmente, rogóles que olvidasen lo pasado que así haria él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Mèxico que era el mas rico pueblo de indias; volvióles sus armas que las habian perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narváez: los de à caballo se salieron al campo con ànimo de pelear, mas luego se dieron por lo que se les dijo y prometió; en fin todos ellos que no venian sino á gozar de la tierra holgaron de ello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizò la guarnicion de la Veracruz y envió allá los navios de la flota: despachò doscientos españoles al rio de Garay, y tornó á enviar à Juan Velazquez de Leon con otros doscientos á poblar en Goazacoalco: (156) envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á México no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensageros de Narváez á Moteuhsoma: el español que fué con las nuevas, en lugar de albricias tuvo heridas que le dieron los indios alzados; mas aunque llagado tornò á decir à Cortés como los de México estaban rebelados y con armas, y que habian quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitàdoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que matáran ó prendieran los españoles, si Moteuhsoma

[155] *La ventaja en esta parte está por los indios, ¿cuantos européos habrán muerto y mueren de gàlico desde el año de* 1492?

[156] *Tan interesante considerò este punto, y no se engañó.*

no les mandara dejar el combate; y aun con todo eso no dejaron las armas ni el cerco, y solamente aflojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés que le tornaron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros, y si un poco mas tardára no los hallára vivos sino muertos, ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Moteuhsoma de la prision. Hizo reseña en Tlaxcálan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de à caballo: llamó á los que enviara à poblar. No paró hasta Tezcoco donde no vió los caballeros que conocia, ni le recibieron como otras veces ni por el camino tampoco, antes halló la tierra ó despoblada ó alborotada. A Tezcoco le vino un español que Alvarado enviaba à llamarlo y certificarlo de lo arriba dicho, y que entrase presto porque con su ida aflojaria la ira. Vino asimismo con el español un indio de parte de Moteuhsoma, que le dijo como de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traia enojo de él que lo perdiese, y se fuese al aposento de primero donde él se estaba, y los españoles tambien, vivos y sanos como se los dejó: con esto descansaron èl y los demas españoles aquella noche que fuè víspera de *S. Juan Bautista*. Entró por México al dia siguiente á hora de comer, con ciento de à caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcálan, Huexotcinco y Cholòllan. Viò poca gente por las calles, ningun recibimiento, algunas puentes desbaratadas, y en otras ruines señales. Llegò á su aposento y los que no cupieron en él fuéronse al templo mayor. Moteuhsoma salió al patio á recibirle, penado á lo que mostraba de lo que los suyos habian hecho: disculpòse y entròse cada uno à su cámara. Pedro de Alvarado y los otros españoles no se veian de placer con su llegada, y la de tantos que les daban las vidas que tenian medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse como estaban, y venian, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros referian de malo.

CAPITULO 127.

Las causas del rebelion.

Cortés quiso por entero saber la causa del levantamiento de los indios mexicanos: preguntólo à todos juntos; unos decian que por lo que les envió á decir Narváez, otros que por echarlos de México, para que se fuesen como estaba concertado en teniendo navios, pues peleando les voceaban, *idos lejos de aquí;* otros que por libertar á Moteuhsoma que en los combates decian; soltad á nuestro rey si no quereis ser muertos; quien decia que por robarles el oro, plata y joyas que tenian, y que valian mas de setecientos mil ducados; pues oían decir á los que llegaban cerca, aquí dejareis el oro que nos habeis toma-

do; quien, por no ver allí á los tlaxcaltecas, y otros que eran sus enemigos mortales; muchos en fin creian que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decìrselo el diablo. Cada cual de estas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto mas todas juntas; pero la principal fué, porque pocos dias despues de ido Cortès á donde Narvàez, vino cierta fiesta solemne que los mexicanos celebraban, y quisiéronla hacer como solian, y para ello pidieron licencia á Pedro de Alvarado que quedó de alacide y teniente por Cortés, porque no pensase à lo que ellos decian, que se juntaban para matar los españoles. Alvarado se las dió con tal de que en la funcion no hubiese muertes de hombres, ni llevasen armas. Juntáronse mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores en el templo mayor, hicieron grandìsimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos conque silvan muy recio: hicieron su fiesta desnudos, pero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, braseletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljofar, y con muy ricos penachos en las cabezas; bailaron el baile que llaman *Mazebaliztli*, que quiere decir *merecimiento con trabajo*, y asì dicen mazebali por labrador. Este baile es como el *Netoteliztli* que dije, que ponen estéras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales: danzan en corro ó círculo trabados de las manos y por ringleras: bailan al son de los que cantan, y responden bailando: los cantares son santos y no profanos, en alabanza del dios á quien es la fiesta, porque les dé agua ó granos, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así; y dicen los pràcticos intèrpretes de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al *Netoteliztli*, asì con la voz, como con los menéos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifiestan sus conceptos malos ò buenos, sucios ó loables. A este baile llaman los españoles *Aréyto* que es vocablo de las islas de Cuba y santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mexicanos en el patio del templo de *Huitzilopochtli*, fué allá Pedro de Alvarado; si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos, no lo sabré decir, mas que unos dicen que fuè avisado, de que aquellos indios como principales de la ciudad se habian juntado allí à concertar el motin y rebelion que despues hicieron: otros que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos se acodiciaron del oro que traían á cuestas; y esto *es mas de creer*, (157) que no lo

[157] *Si, todo es de creer del perverso caràcter de Alvarado, oigámos lo que hablando de él dice el señor Lorenzana editor de las cartas de Cortés pàgina* 325. „*Pedro Alvarado murió desgraciadamente arrojado de un peñasco, por los indios de Ezatlán diez leguas de Guadalajara año de* 1541, *y se acabaron sus pensa-*

que decian que se querian amotinar contra los cristianos, es así que tomó las puertas cada una con diez españoles, y entró adentro con mas de cincuenta, y *sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitò lo que tenian encima.* Cortès aunque le debió de pesar, disimulò por no enojar á los que lo hicieron, puesto que estaba en tiempo que los habia menester para obrar contra los indios, ó porque no hubiese novedad entre los suyos.

CAPITULO 128.

Las amenazas que hacian los de Mèxico á los españoles.

Sabida la causa de la rebelion, preguntóles Cortés *¿como peleaban los enemigos?* Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez dias arréo, (ó sin intermision) en los cuales habian hecho los daños que ya sabia; y que por no dar lugar á que Moteuhsoma se saliese y se fuese à Narváez como algunos decian, no habian ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente, y guardar á Moteuhsoma como se los dejó encargado; y que como eran pocos y los indios muchos, que de credo à credo se remudaban, que no solo se cansaban mas que desmayaban, y si à los mayores rebatos no subiera Moteuhsoma á una azotea, y mandara à los suyos que estubiesen quedos si lo querian vivo, ya estubieran todos muertos, y luego en viéndole cesaban. Dijeron tambien que como vino la nueva de la victoria contra Pànfilo, Moteuhsoma les mandó y ellos quisieron aflojar y no pelear; no segun era fama de miedo, sino porque llegado èl los matasen á todos juntos: mas empero que arrepentidos, y conociendo que venido Cortés con tantos españoles tendrian mas que hacer, tornaron à las armas y bateria como de primero, y aun con mas gana y denuedo: de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Moteuhsoma. Contaron asimismo muchos milagros, diciendo que como les faltase agua que beber, cabaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco mas, y salió agua dulce siendo el suelo salóbral: (158) que muchas veces se ensayaron los indios á quitar la imágen de nuestra señora gloriosísima del altar, de donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada quedaba con señal, y asi la dejaron estar: que cargaron un dia de recio combate el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir, los cuales como vieron esto arremetieron muy denodadamente, con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras que cubrian la casa y calle, diciendo, *ahora redimirémos nuestro rey, libertarémos nuestras casas, y nos vengarémos; mas al mayor hervor* del combate saltó el tiro, sin cebarlo mas, ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido: y como era grande y tenia perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos, y asi atónitos se retiraron: (159) que andaba peleando por los españoles Santa Maria y Santiago en un caballo blanco, y decian los indios que el caballo mataba y heria tantos con la boca y con los pies y manos, como el caballero con la espada, y que la muger del altar, les echàba polvo en las caras y los cegaba; y asi no viendo para pelear se iban para sus casas, pensando estar ciegos, y allá se hallaban buenos, y cuando volvian á combatir la casa decian, si no tuviésemos à una muger y al del caballo blanco, ya estaria derribada vuestra casa, vosotros cocidos aunque no comidos; que no sois buenos de comer, que el otro dia os probamos y amargais; pero os echarèmos á nuestras águilas, leones, tígres y culebras que os traguen por nosotros; pero con todo esto si no soltais à Moteuhsoma y os vais luego, presto sereis muertos jun-

---

mientos contra la gloria de Cortés, que le habia hecho hombre de figura en el mundo." Si tal fué con su bienhechor ¿cual seria con los indios? pudo haberse hecho la conquista de México sin haber sacado la espada de la vaina, ¡hombre ambicioso y cruel, tu nombre sea el anathéma que la América toda fulmine al recordarte, y jamas se pronuncie sino virtiendo lágrimas de indignacion, así como el de Gonzalo de Sandoval virtiéndolas de justo sentimiento á su lenidad y buena memoria! ¡Cuanta idea de esta iniquidad no dan estas palabras de Chimalpain: sin duelo ni piedad cristiana los acuchillò y mató, y quitó lo que tenian encima!...

[158] *No faltan ojos de agua dulce en México; tal era el que se descubrió por el empedradillo en la banqueta inmediata á la biblioteca de catedral y que corre en la esquina bajo el pavimento de este edificio entrándose por el colegio de infantes, y en la casa del marquès del Apartado hay otro cegado.*

[159] *Es decir se zurró el estopin de la pieza á primera vista: quedaron alguna ó algunas partículas de fuego, y este se manifestò en la pólvora con alguna demora porque estaba húmeda y era tiempo de aguas, tanto que el dia 24 de junio que entró Cortés en México, llovia à la sazon: de estos milagros hemos visto varios. Ni santa Maria ni Santiago se metieron en pelear por aquellos ladrones; el triunfo lo debieron á la desigualdad de las armas. Peleaban dentro de un edificio sólido, y peleaban flechas y hombres al descubierto con cañones, y amparados del edificio: de esos milagros hago yo sin ser santo. El pegamento de la vírgen es patraña que no* pega *en estos dias; milagro como el que hizo Pedro de Morla en Tabasco como hemos visto. ¡Fanáticos bribones! La madre de Jesucristo es madre de misericordia.*